

Extractos del libro

“El Hombre de Deseo”

Escrito por Louis Claude de Saint Martin

¡No digáis, OH mortales! Que vuestra sed de verdad no os ha sido dada sino como un suplicio. La verdad no castiga, ella mejora y perfecciona. La sabiduría no castiga, ella instruye.

El amor no castiga, él prepara suavemente los caminos. ¿Cómo podría el amor castigar?

He ahí, sin embargo, mortales, lo que constituye la esencia de vuestro Dios.

- La sabiduría no dejaría entrar en vosotros los deseos si ella no hubiera también dado los medios para satisfacerlos.
- Ella es la medida, misma, y no actúa contigo sino dentro de esta medida. Pero vosotros, ¡OH jueces imprudentes e insensatos! Vosotros perturbáis esta medida dentro de los débiles mortales.
- Si comenzáis a haceros maestros demasiado temprano, vosotros no les ofrecéis sino frutos precoces o robados, que terminan por haceros caer en la confusión.
- Si exaltáis demasiado sus ideas, les creáis deseos anticipados y peligrosos.
- Si limitáis sus espíritus acerca de cosas compuestas, les hacéis nacer dificultades que los pierden.
- Sabiduría, sabiduría, solo tú sabes dirigir al hombre sin fatiga y sin peligro, por las apacibles gradaciones de la luz de la verdad.

¿No es por haber querido contemplarte a ti mismo, tú que eras solo la imagen de Dios, que caíste en las tinieblas?

¿No es el mismo crimen que se ha repetido universalmente?

¿Y en nuestras artes, en nuestras pasiones, en nuestras supersticiones populares y materiales, no vemos por todas partes la contemplación de signos y de imágenes, en lugar del culto a los principios y a los modelos?

El hombre, al acercarse al mal, engendra una imagen de su acción incorrecta, que se convierte en su tormento, cuando el se eleva y la contempla.

Acercándose al bien, él engendra una obra viva, que se convierte en su consuelo para todos sus momentos.

¿Pierde de vista una madre al hijo que ella castiga por faltas leves propias de su edad infantil?

Ella lo pone un poco lejos de ella, en un rincón, siempre bajo su mirada y en el mismo lugar que ella habita.

Es así como actúa Dios con el hombre culpable.

¡Hijo, si tú conocieras el corazón de tu madre! No son los gritos de la cólera lo que la conmovió.

Ella espera oír de ti, los de la amistad y los del arrepentimiento.

Ella envía hacia ti secretamente, amigos fieles que parecen sugerirte que implóres su misericordia.

¡Tú sigues ese sano consejo! Ven hijo querido, no hay más barreras para ti, no hay más distancia entre nosotros y podemos abrazarnos.